

Almudena HERNANDO GONZALO\*

## El Neolítico como clave de la identidad moderna: la difícil interpretación de los cambios y los desarrollos regionales

*En las páginas que siguen se argumenta que las razones por las que se sigue sosteniendo el “modelo dual” para explicar los procesos culturales que tuvieron lugar al principio del Neolítico no son de orden empírico, ya que la evidencia contribuye a su progresiva refutación. Por lo tanto, sólo cabe entender su vigencia porque el paso entre lo “salvaje” con que identificamos el Epipaleolítico a lo “civilizado” con que asociamos el Neolítico es aún un mecanismo importante de orientación e identidad para la cultura moderna occidental.*

*Palabras clave: Neolítico, Epipaleolítico, Identidad moderna-occidental.*

*Although the “dual model” is not supported by the archaeological evidence, it is maintained as the prevalent paradigm to explain the Neolithic in the Iberian Peninsula. In the following pages I will try to defend that this contradiction can only be understood as a consequence of the importance that the distinction between the “savage” and the “civilization” has to construct the modern identity. Epipaleolithic represents the “savage other” that the European identity needs to define a “civilized us”, whose starting point would have been the Neolithic.*

*Key words: Neolithic, Epipaleolithic, Modern-western identity.*

### INTRODUCCIÓN.

Resulta interesante el análisis de la historiografía del Neolítico en la Península Ibérica, porque trasluce la intervención de unas variables que no se dan en la elaboración de otros periodos históricos. Mientras que hablar del Epipaleolítico, la Edad del Bronce o la del Hierro suele significar dar cuenta de los cambios tecno-socio-económicos de un grupo humano, entender el Neolítico parece implicar la puesta en juego de valores y variables que trascienden el periodo histórico en sí, alcanzando distancias tan lejanas como la de nuestra propia identidad.

Tras examinar con detalle la información relativa al inicio de las sociedades agrarias (Hernando 1999a) creo que pueden extraerse dos conclusiones, paradójicamente contradictorias: 1) los casos que refutan el paradigma cardial o modelo dual son mucho más abundantes que los que lo confirman; y 2) sin embargo, el modelo dual sigue siendo el paradigma académicamente aceptado.

¿Cuál puede ser la razón de tan aparente paradoja? Si la causa de su mantenimiento no está en la adecuación a la evidencia de los grupos de la Prehistoria –que lo refutan-, debe

residir en la potencia explicativa que tiene para quienes lo defienden. Mi hipótesis, que desarrolla una idea ya formulada por otros autores (Zvelebil 1996; Mansilla 1998), es que el paso del Epipaleolítico al Neolítico es concebido como el paso de lo “salvaje” a lo “civilizado”, el paso de un umbral a partir del cual puede establecerse nuestro origen, el inicio de una identidad que queremos asumir. Defender que con el Neolítico da comienzo un “nuevo modo de vida” trasluce una identificación de nosotros mismos con ese nuevo modo de vivir, una necesidad de fijar sus inicios en algún punto y una exigencia, por tanto, que parte de nuestro propio sistema de identidad y no de la búsqueda de las identidades del pasado.

Comenzaré por detallar escuetamente la evidencia de que disponemos en contra del modelo dual y trataré después de argumentar las razones por las que lo seguimos manteniendo.

### LA DISOLUCIÓN DEL “PAQUETE” NEOLÍTICO.

Como sabemos, el paradigma cardial sostiene que alrededor del VI milenio (en fechas no calibradas) habrían llegado a la Península Ibérica agricultores procedentes del

Próximo Oriente, trayendo consigo las especies domésticas, un tipo particular de cerámica –decorada con impresiones de *Cardium edule*- y, en fin, toda “una nueva manera de vivir” (Martí 1998: 121). Sin embargo, el paquete entero de rasgos, que incluiría la “llegada” de aldeas, necrópolis, arte esquemático, etc., no aparece en ningún yacimiento, y en la mayoría donde aparece cerámica cardial faltan las fechas radiocarbónicas o los análisis faunísticos y vegetales, lo que resulta muy sorprendente dado su valor probatorio en el argumento.

Es cierto que en Europa no se han encontrado aún los agriotipos silvestres de la oveja y la cabra o el trigo y la cebada, las principales especies domésticas, aunque sí del cerdo, el buey o el perro. Pero, de momento, nada hay que demuestre su llegada del Próximo Oriente, más allá de que nuestro mito de origen, la Biblia, situaba allí el Jardín del Edén, el nacimiento de nuestra “civilización” –entre el Tigris y el Eufrates (Génesis 2, 4-15)- y de que Braidwood demostrara en los años '50, incentivado por los intereses geo-políticos que el área despertaba, que en ella sí se había producido la domesticación independiente. Aunque no me extenderé ahora en este punto (Hernando 1999 a y b), tengo interés en dejar claro que el origen próximo-oriental del Neolítico del Mediterráneo Occidental no se estableció como resultado de evidencias empíricas, sino por efecto del cambio de intereses geo-políticos de Europa a final de la Segunda Guerra Mundial, cuando el Norte de África dejó de recibir atención tras la independencia de Marruecos en 1956 (Orihuela 1997: 63-4) y el Próximo Oriente se convirtió en el área de disputa e interés (Trigger 1992: 155). Obsérvese que fue precisamente en 1956 cuando Bernabé Brea publicó su segundo volumen de *Arene Candide*, en el que desarrolló una secuencia cerámica que sirvió de base para plantear el modelo cardial, que formulado en fechas y coyunturas tan oportunas, pasó a establecerse como paradigma académico incuestionable hasta nuestros días. Pero no existía ninguna prueba de la conexión entre la cerámica italiana y la del Mediterráneo Oriental, y nosotros seguimos sin poder establecer la conexión.

De hecho, la procedencia oriental de la cerámica cardial parece seriamente cuestionada –pues sólo existe en el Mediterráneo Central y Occidental-, y la variedad de posibilidades de desarrollo cultural entre el VII y el IV milenio cal.BC parece ser el rasgo que definiría, en todo caso, la transición entre sociedades cazadoras-recolectoras y las campesinas en la Península Ibérica. Por otro lado, cada vez son más abundantes los casos de contextos epipaleolíticos con cerámica en toda Europa, y en concreto, en la Península Ibérica (cfr. Hernando 1999a, cap.1), pero es que además, existen casos en que la cerámica que aparece en esos contextos es ¡la cardial!, como Botiquería de los Moros (Mazaleón, Teruel), Costalena (Maella, Zaragoza), Abric del Tossal de la Roca (Vall d'Alcalà, Alicante) o Can Ballester (Vall d'Uixó, Castellón). Y por último, existen también

diversos casos de niveles de Neolítico Antiguo con cerámica que no es cardial, sino no decorada o decorada no-cardial. Así sucede en las cuevas andaluzas de la Dehesilla (Cádiz), Nerja (Málaga), cueva Chica de Santiago (Sevilla), Abrigo Grande II del Barranco de los Grajos (Murcia), en niveles datados en todos los casos citados en el VII e incluso VIII milenio Cal.BC. (Olaria 1986b: 132-3; Olaria y Gusi 1995: 844; Asquerino 1987: 80). De acuerdo a la secuencia tipológica de l'Or y Cendres, este tipo de cerámica sólo debe aparecer posteriormente a la cardial –pues sería un resultado de la “aculturación” y expansión de los rasgos que definen el nuevo modo de vida-, por lo que el modelo dual prefiere obviar las diversas y consistentes dataciones radiocarbónicas y, dando prioridad al criterio tipológico, decidir que los estratos con cerámica decorada no cardial o lisa deben fecharse en el Neolítico Medio (Martí *et al.* 1991: 64), lo mismo que sucede en Cova Fosca (Martí 1998: 164-5).

Respecto a las especies domésticas, y dentro de la ya señalada paradójica escasez de datos polínicos y de macrorestos vegetales en los yacimientos implicados, ha sido publicada la existencia de restos de cebada y trigo en los niveles mesolíticos de la Balma Margineda (Andorra) (Marinval 1985; Olaria y Gusi 1995: 848), y de pólenes de cereal en la muestra procedente del único nivel de Els Secans (Teruel), de transición entre el Epipaleolítico y el Neolítico (Montes 1995: 763-4).

Por su parte, desde 1958 viene reclamándose la domesticación de la oveja en contextos mesolíticos del Mediterráneo Occidental (Olaria 1986a: 20; Olaria y Gusi 1995: 847; Poulain 1971; Pallarés *et al.* 1997: 128). Y en España parece documentarse la domesticación –de ovicápridos, cerdo y perro- en los niveles *epipaleolíticos* de la Cueva de Nerja (Málaga) (Asquerino 1987: 68; Muñoz 1984: 355) –que podrían alcanzar incluso fechas de VIII milenio cal.BC (Olaria 1986b: 132)-; en Balma Margineda (Andorra), cuyo nivel 4, identificado como Mesolítico evolucionado o de transición, y datado a mediados del noveno milenio bp (que quedaría reducido al VIII Cal. BC.), ha ofrecido lo que parecen ser restos de *Ovis aries* y de *Capra hircus*, así como tres restos de cerdo –que también parece haberse encontrado en los niveles epipaleolíticos del abrigo de la Peña, en Navarra- (Cava 1994: 78); sobre El Filador (Cataluña), se publicó la existencia de “ovicápridos” domesticados y polen de cereales en sus niveles epipaleolíticos (niveles III y IV) (Bosch i Miró 1990: 317). Los defensores del modelo dual han criticado fuertemente estas conclusiones (cfr. Zilhao 1993, por ej.), como es lógico, pero me gustaría señalar que sus argumentaciones no se basan en *evidencia empírica* refutadora, pues no la tienen –ni la buscan-, sino en lo que consideran problemas metodológicos de la excavación e interpretación del registro arqueológico donde se contenía dichos restos económicos. Quede señalado simplemente que la evidencia económica, a todas luces relevante en el proceso que se juzga, sigue, paradójicamente, resultando secundaria frente a

las interpretaciones tipológicas de la cerámica –en el Neolítico Antiguo- y de las tumbas –en el Neolítico Final-.

Por último, como todos sabemos, las aldeas y las necrópolis no aparecen en la Península Ibérica hasta lo que tradicionalmente se ha denominado Neolítico Final, si bien las más recientes investigaciones empiezan a demostrar también que las primeras construcciones megalíticas tienen fechas más antiguas de lo que se pensaba –del último cuarto del V milenio con seguridad, pero quizá antes en la Lora burgalesa (Delibes 1997: 407-8), en el Noroeste peninsular (Alonso Matías y Bello Diéguez 1997; Criado y Fábregas 1989: 685) o en el Centro y Sur de Portugal (Arnaud 1982: 30)-. Los mismos estudios insisten en enfatizar una continuidad total en los modos de vida antes y después de la aparición de las necrópolis, de lo que serviría de ejemplo el yacimiento palenciano de La Velilla, recientemente publicado por Delibes y Zapatero (1995).

Es decir, por lo que va demostrando el registro, la continuidad y no la ruptura, es el rasgo esencial a través del cual definir la dinámica de transformaciones que denominamos “Neolítico”. Pero si todos los datos parecen apuntar en este sentido, ¿por qué insistir en la identificación del inicio de la agricultura y la ganadería con un nuevo modo de vida, con una ruptura en las conductas, con una sustitución, incluso, de la población? ¿Qué sentido tiene seguir hablando de la transición entre Epipaleolítico y Neolítico? O mejor, ¿qué sentido tiene seguir considerando el Neolítico como una unidad válida de clasificación y análisis? Mi argumento es que los esfuerzos que hacemos por desvelar una ruptura donde sólo parece existir continuidad se deben a que esa ruptura es muy importante para nosotros, porque necesitamos establecer una distancia entre lo “salvaje” y lo “civilizado” para construir nuestra identidad, y que utilizamos a los “habitantes” del Epipaleolítico para representar a los salvajes y nos identificamos con los del Neolítico para garantizar que nosotros somos “civilizados”.

Hay varios argumentos que desarrollar en lo que acabo de decir. Por un lado, es necesario comprender la causa por la que identificamos lo “civilizado” con la práctica de la agricultura y la ganadería. Por otro, por qué es necesario el contrapunto del salvaje para que pueda existir –para que podamos existir como- lo civilizado.

#### **POR QUÉ LA AGRICULTURA Y LA GANADERÍA REPRESENTAN LA “CIVILIZACIÓN”?**

Sin duda vendrán inmediatamente a la mente de todos los argumentos materialistas clásicos, según los cuales la producción de alimentos indica el inicio de la civilización porque permite la acumulación de un excedente para alimentar a una clase social no productora (sacerdotes, guerreros o príncipes), cuya aparición era considerada condición para el nacimiento de una sociedad de clases y con Estado, o sea, de la civilización. Pero además de coincidir con A. Testart (1982, 1985) en que sociedades cazadoras-recolecto-

ras complejas pueden acumular el mismo excedente –como debió suceder con el cereal en las sociedades mesolíticas del Próximo-Oriente, por ejemplo-, lo que refutaría la hipótesis desde los mismos argumentos materialistas, creo que las razones de esa identificación van mucho más allá, y tienen que ver con complejos mecanismos de identidad de la sociedad moderna occidental.

Hablar de identidad es hablar de los mecanismos por los que un grupo de población –o un individuo que a él pertenece- consigue orientarse en el mundo en el que vive, tener una referencia sobre sí mismo y la realidad en la que se inserta que le proporcione suficiente sensación de seguridad y control sobre las circunstancias que le rodean. Para ello, y dependiendo del control material real sobre esas circunstancias, los mecanismos de construcción de la identidad variarán, pues tendrán que esconder miedos distintos, ocultar impotencias diferentes, disimular la pequeñez esencial de lo humano dependiendo de la modalidad en la que se manifieste su insuficiencia. Es decir, creo que existe una relación estructural entre modo de construcción de la identidad y complejidad socio-económica de un grupo humano, lo que es lo mismo que decir que definiendo una relación estructural directa entre control material de la realidad y percepción de esa realidad.

Mi argumento es que nuestro mecanismo básico de identidad se transformó con el inicio del capitalismo, pasando de ser mítico a ser científico, pero que, dado que la historia humana es acumulativa, todavía hay determinados elementos míticos que están presentes en nuestros intentos científicos de construir una identidad colectiva. Y que esos elementos afectan, de manera directa, a la elaboración teórica del Neolítico. Intentaré desarrollar muy sintéticamente esta idea.

Una conexión mítica con la realidad se construye a través de una configuración particular de las referencias de Tiempo y Espacio (Eliade 1988). El mito constituye un discurso “sin tiempo”. Se trata de una realidad sagrada, y por tanto, esencial para el grupo que lo vive, que no puede concebir un orden diferente de aquel establecido en el mito. Todo grupo “habitante” de una realidad mítica se considera el “pueblo elegido” por los dioses –según enseña la literatura antropológica-, el único dotado de un orden y por tanto, ajeno al caos en el que se desordena la realidad exterior. Por ello, estos grupos nunca buscan el cambio, pues dada la escasa capacidad de control material de las circunstancias en que viven, su única garantía de supervivencia es el mantenimiento de las condiciones que ya conocen, es decir, su tradicional modo de vida. A este carácter estático de su cultura contribuye, precisamente, el mito, que haciendo provenir de los dioses el modo tradicional de vida, desautoriza a los humanos para su transformación.

Nuestro mecanismo básico de identidad, antes del intento de “racionalizar” nuestra relación con la realidad a través de hipótesis científicas, es decir, hasta el inicio del capitalismo, fue mítico. Y nuestro mito de origen, la biblia, había sido imaginado por un pueblo semita de agricultores y gana-

deros para legitimar su propio modo de vida. La práctica de la agricultura y la ganadería forman parte así del modo de vida que los dioses enseñaron al grupo elegido; era lo que les distinguía de los demás, dando orden y sentido a su mundo. Por eso, hasta el desarrollo de la Ilustración, la única posibilidad que tenía la sociedad europea de explicar la existencia de sociedades cazadoras-recolectoras era contemplando un desarrollo “degenerativo” a partir de semejantes inicios, asumiendo que un alejamiento espacial del Paraíso elegido por dios había implicado también un decaimiento moral. Es decir, la secuencia de cambio era, en todo caso, degenerativa: la caza-recolección, de menor complejidad tecnológica que la agricultura y la ganadería, tenía que ser un estadio posterior, pues era imposible concebirlo como previo, y moralmente inferior, pues no podía equiparse al rango divino que tenía la agricultura.

Por todo ello, el Neolítico, como etapa de la humanidad subsecuente a la de la caza-recolección del Epipaleolítico-Mesolítico, sólo pudo imaginarse en el momento en que la cultura moderna-occidental sustituyó una visión mítica por una científica de la realidad. Es decir, cuando la Ilustración, ligada al incipiente desarrollo del capitalismo, comenzó a generar una conexión menos emocional y más racional con la realidad, fruto del surgimiento, intenso y progresivamente acelerado del individualismo como forma de estar en el mundo de los componentes del grupo social. El resultado fue que la percepción mítica fue sustituida por una científica, ya que ahora el individuo consideraba que existía una distancia entre su subjetividad y la realidad que lo rodeaba, lo que, en consecuencia le permitía observar analíticamente, con una lógica distinta a la que regía su propio comportamiento, esa realidad (Hernando 1997).

La Ilustración y su resultado, la Teoría de la Evolución, es la formulación de una nueva manera de entender la realidad, en la que el tiempo y el cambio pasaban a ocupar el papel sustentador que en el Mito tenía el espacio. Allí donde la visión mítica contemplaba estabilidad y permanencia como garantía de supervivencia, la Ilustración situó transformación e historia; la humanidad, según esta nueva visión de las cosas, habría atravesado sucesivos estadios de complejidad creciente, llevada por una tendencia humana a mejorar las condiciones de vida y el vehículo de esa tendencia habría sido el cambio tecnológico. Por eso, la Prehistoria, en la formulación evolucionista unilineal inicial de Lubbock, utilizó cambios tecnológicos como los umbrales de inicio de cada una de las etapas que la componían, y de ahí que la domesticación de animales y plantas, concebida como un cambio tecnológico, sirviera para definir una de ellas.

Ahora bien: el conocimiento humano, como cualquier rasgo de nuestra cultura, es acumulativo, de forma que la nueva visión del pasado, y por tanto, la creación del Neolítico, lejos de surgir de la nada, partía de la visión mítica previa. Por ello, la aparición de la domesticación de animales y plantas y el “paquete” de rasgos con el que se le asociaba constituía un cambio tecnológico que tenía un signifi-

cado mucho más hondo para nuestra cultura que cualquiera de los que marcaban el inicio de las demás etapas de la Prehistoria. La agricultura y la ganadería habían sido, y no se olvidaba, los rasgos transmitidos por dios a los humanos en el relato bíblico; la estrategia que distinguía a los “elegidos”, a los espiritualmente más cercanos a la divinidad, a los civilizados.

Por eso, creo, es tan difícil derrumbar ese umbral entre cazadores-recolectores y agricultores, entre Epipaleolítico y Neolítico, que quizá nunca existiera en la realidad según va demostrando la evidencia arqueológica, pero que sigue existiendo en nuestras mentes como parte de la construcción de una identidad que nos da sentido. Es más: no sólo necesitamos mantener el lado “civilizado” del umbral, creer que la agricultura y la domesticación dan inicio a un nuevo modo de vida que hace distintos a sus practicantes, sino que necesitamos también mantener el lado “salvaje”, definir a un “otro” por oposición al cual concretar lo que significa ser civilizado. Y este “otro” está representado por los cazadores-recolectores del Epipaleolítico.

R. Bartra (1996 y 1997) ha demostrado que definir al “salvaje” era esencial para construir la identidad del mundo mediterráneo. Incluso en época antigua o medieval, cuando aún no se había iniciado la conquista de otros territorios ocupados por grupos “extraños”, la imaginería europea había diseñado ya la figura mítica del “salvaje”, porque, “antes de ser descubierto el salvaje tuvo que ser inventado” (Cocchiara cit. en Bartra 1996: 23). Para los antiguos griegos, el “salvaje” no era el “bárbaro”. La connotación de cruel sólo se asociará a este último concepto tras las guerras con los medos, siendo los “bárbaros” en principio sólo los no-griegos (Bartra 1996: 22). A diferencia de éstos, que siempre constituyeron una amenaza para la civilización griega en su conjunto, el “salvaje” era una condición en la que el propio individuo griego, alejado de la ciudad y caído en desgracia, podía degenerar. El “salvaje” era europeo, y a juicio de Bartra (Ibidem: 16), “la noción de salvajismo fue aplicada a pueblos no europeos como una trasposición de un mito perfectamente estructurado cuya naturaleza sólo se puede entender como parte de la evolución de la cultura occidental”.

El hábitat bárbaro se localizaba siempre más allá de los confines del mundo “civilizado”, pero el salvaje habitaba entre los civilizados: en el bosque cercano, en la montaña o en las islas (Ibidem: 26-7). Cíclopes, centauros o sátiros constituyen ejemplos de los más claros y conocidos “salvajes” clásicos. Se trataba de una realidad mítica, del todo necesaria para definir la naturaleza urbana y civilizada del europeo.

Pues bien, yo creo que la formulación del paradigma cardial y el empeño en mantener la existencia de una dualidad de formas de vida, una “atávica” y “ancestral”, “destructora y depredadora” en sus modos económicos, y otra “creativa y de producción” (Baldellou 1989: 9-10), devuelve ecos de esa necesidad de definir al salvaje para poder comprender quién es el civilizado; y que semejante empeño se explica por la

identificación inconsciente que seguimos haciendo entre nosotros y lo civilizado, y la fuerza consoladora que, como cualquier mito, sigue teniendo esta asociación en nuestro mecanismo básico de identidad.

### CONCLUSIÓN.

Es posible que algún día se demuestre que las principales especies domésticas llegaron de fuera, pero sea cual sea el resultado de esa búsqueda, nada de lo dicho en las páginas anteriores se vería afectado. Los defensores del llamado "modelo percolativo" (Vicent 1997; Rodríguez Alcalde *et al.* 1995) como alternativa al modelo dual, los antropólogos y cada vez más prehistoriadores dedicados a estudiar el Neolítico de la Península Ibérica, van poniéndose de acuerdo en que los mismos cazadores-recolectores parecen haberse hecho cargo de su propia historia, haber generado sus propios cambios y haber puesto en práctica estrategias de asentamiento, movilidad, especialización económica y organización social tan distintas como los ritmos de transformación –insisto en que no buscados (Hernando 1999a)- a que pudieron estar sometidos.

El mito del mundo mediterráneo establece un umbral netamente diferenciado en la aparición de la agricultura, que el modelo dual parece seguir sosteniendo. Pero quizá sea hora de dejar la palabra a los grupos de cazadores-recolectores de lo que llamamos Epipaleolítico y abrir la posibilidad de que fueran ellos quienes hicieron llegar las especies domésticas o quienes en sus procesos de transformación a la agricultura fueron expandiéndose en busca de nuevas tierras. Quizás nos convezcan de que los procesos culturales pueden ser mucho más ricos y flexibles de lo que las rígidas plantillas tipológicas de los arqueólogos suponen y de que las fases arqueológicas no son sino instrumentos de clasificación de un pasado que nosotros, desde nuestra cultura y conforme a nuestras pautas de pensamiento y relación con la realidad, necesitamos compartimentar para poder ordenar y comprender. Personalmente creo que el estudio del Neolítico sólo podría enriquecerse con semejante cambio de perspectiva.

### BIBLIOGRAFÍA

ALONSO MATTHÍAS, F. Y BELLO DIÉGUEZ, J.M. 1997: Cronología y periodización del fenómeno megalítico en Galicia a la luz de las dataciones por Carbono 14. En A. Rodríguez Casal, *O Neolítico Atlántico e as orixes do Megalitismo*. Actas do Coloquio Internacional (Santiago de Compostela, 1-6 Abril 1996): 507-520. Consello da Cultura Galega, Universidade de Santiago de Compostela y Unión Internacional das Ciencias Prehistóricas e Protohistóricas. Santiago de Compostela.

ARNAUD-MORAIS, J. 1982: Le neolithique ancien et le processus de neolithisation au Portugal. En *Le Neolithique ancien Mediterraneen. Actes du Colloque international de Prehistoire. Montpellier 1981*. Revue de la Federation Archaeologique de l'Herault, n° special 1982: *Archéologie en Languedoc*: 29-48.

ASQUERINO, M<sup>o</sup>D. 1987: El Neolítico en Andalucía: estado actual de su conocimiento, *Trabajos de Prehistoria* 44: 63-85.

BALDELLOU, V. 1989: El Neolítico mediterráneo: concepto y distribución. En V. Baldehou, I. Mestre, B. Martí y J. Juan-Cabanilles, *El Neolítico Antiguo (Los primeros agricultores y ganaderos en Aragón, Cataluña y Valencia)*: 9-14. Diputación de Huesca, Huesca.

BARTRA, R. 1996: *El salvaje en el espejo*. Ensayos/Destino, n°34. Barcelona.

- (1997): 7): *El salvaje artificial*. Ensayos/Destino, n°38. Barcelona.

BOSCH, J. I MIRÓ, J.M. 1990: El procés de Neolitizació a Catalunya. Proposta de desenvolupament de la Teoria de l'Aculturació. En J. Anfruns i E. Llobet (eds.): *El canvi cultural a la Prehistòria*: 295-330. Columna, Barcelona.

CAVA, A. 1994: El Mesolítico en la cuenca del Ebro. Un estado de la cuestión, *Zephyrus* XLVII: 65-91.

CRÍADO, F. Y FÁBREGAS, R. 1989: The megalithic phenomenon of northwest Spain: main trends, *Antiquity* 63: 682-96.

DELIBES DE CASTRO, G. 1997: C-14 y la secuencia megalítica en la Lora burgalesa: acotaciones a la problemática de las dataciones absolutas referentes a yacimientos dolménicos. En A. Rodríguez Casal, *O Neolítico Atlántico e as orixes do Megalitismo*. Actas do Coloquio Internacional (Santiago de Compostela, 1-6 Abril 1996): 391-414.. Consello da Cultura Galega, Universidade de Santiago de Compostela y Unión Internacional das Ciencias Prehistóricas e Protohistóricas, Santiago de Compostela.

DELIBES DE CASTRO, G. Y ZAPATERO MAGDALENO, P. 1995: De lugar de habitación a sepulcro monumental: una reflexión sobre la trayectoria del yacimiento neolítico de la Velilla, en Osorno (Palencia), *I Congrés del Neolític a la Península Ibérica*. Gavà-Bellaterra, 1995. *Rubricatum* I, vol.2: 337-48.

ELIADE, M. 1988[1957]: *Lo sagrado y lo profano*. Labor/Punto Omega. Barcelona.

ELÍAS, N. 1993: *El proceso de la civilización. Investigaciones psicogenéticas y sociogenéticas*. Fondo de Cultura Económica. Madrid. 1ª reimpresión.

HERNANDO, A. 1997: Mitos, metáforas y miedos: sobre la Prehistoria y sus habitantes. *Complutum* 8: 247-260.

- 1999a: Desde que somos "civilizados" agricultores...Un relato sobre identidades del presente o una historiografía crítica del Neolítico en la Península Ibérica. Síntesis, Madrid.

- 1999b: La cuestión de la "llegada" del Neolítico a la Península Ibérica desde el Sur o desde el Este. Un análisis historiográfico de coyunturas políticas y evidencias arqueológicas". III Congreso de Arqueología Peninsular. Vila Real (Portugal), Septiembre 1999.

MANSILLA, A.M. 1998: *Las dimensiones del Neolítico. Un análisis crítico del discurso arqueológico*. Tesis de Licenciatura inédita. Departamento de Prehistoria, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense, Madrid.

MARINVAL, P. 1985: La Balma Margineda: Cueillette et Agriculture, *Les Dossiers. Histoire et Archéologie* 96: 25-7.

MARTÍ OLIVER, B. 1998: El Neolítico. En I. Barandiarán, B. Martí, M<sup>o</sup>A. del Rincón y J.L. Maya, *Prehistoria de la Península Ibérica*: 121-191. Ariel, Barcelona.

MONTES, L. 1995: El IV milenio en el Bajo Aragón, *I Congrés del Neolític a la Península Ibérica*. Gavà-Bellaterra, 1995. *Rubricatum* I, vol.2: 757-66.

MUÑOZ, A.M<sup>o</sup>. 1984: La neolitización en España: problemas y líneas de investigación. En J. Fortea: *Scripta Praehistorica. Francisco Jordá Oblata*, pags. 349-366.

OLARIA, C. 1986a: Reflexiones en torno a la Neolitización del País

- Valenciano, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 12: 7-27.
- 1986b: La problemática del Neolítico andaluz y sus conexiones con el litoral mediterráneo peninsular. *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*: 131-5. Consejería de Cultura de Andalucía, Dirección General de Bellas Artes.
- OLARIA, C. Y GUSI, F. 1995: Cova Fosca: ¿Neolítico Antiguo o Neolítico Medio?. El paradigma cardial. *I Congrés del Neolític a la Península Ibérica*. Gavà-Bellaterra, 1995, *Rubricatum* 1, vol.2: 843-51.
- ORIHUELA, A. 1997: *Historia de la Prehistoria del Suroeste Peninsular*. Tesis doctoral inédita. Departamento de Prehistoria y Arqueología, Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Sevilla.
- PALLARÉS, M. *et al.* 1997: El proceso de neolitización en los Pirineos Orientales. Un modelo de continuidad entre los cazadores-recolectores neolíticos y los primeros grupos agropastoriles. *Trabajos de Prehistoria* 54, n°1: 121-41.
- POULAIN, T. 1971: Le Camp Mésolithique de Gramarià Méthamis (Vaucluse) III. Étude de la Faune. *Gallia Préhistoire* 14: 121-131.
- RODRÍGUEZ ALCALDE, A. *et al.* 1995: La difusión occidental de las especies domésticas: una alternativa a la "ola de avance", *I Congrés del Neolític a la Península Ibérica (Gavà-Bellaterra, 27-29 de marzo de 1995)*. *Rubricatum* 1, vol.2: 835-839.
- ROMÁN DÍAZ, M.P. 1996: *Estudios sobre el Neolítico en el Sureste de la Península Ibérica. Síntesis crítica y valoración*. Universidad de Almería, Servicio de Publicaciones, Almería.
- TESTART, A. 1982: The significance of food storage among hunter-gatherers; residence patterns, population densities and social inequalities. *Current Anthropology* 23: 523-537.
- 1985: 85: *Le communisme primitif. Vol. I. Economie et ideologie*. Editions de la Maison des Sciences de L'Homme. París.
- TRIGGER, B. 1992: *Historia del Pensamiento Arqueológico*. Crítica, Barcelona.
- VICENT, J.M. 1997: The Island Filter Model Revisited. In M.S.Balmuth, A.Gilman and L. Prados-Torreira (eds.): *Encounters and transformations. The Archaeology of Iberia in Transition*: 1-13. Monographs in Mediterranean Archaeology 7. Sheffield Academic Press. Sheffield.
- ZILHAO, J. 1993: "The Spread of Agro-Pastoral Economies across Mediterranean Europe: A View from the Far West", *Journal of Mediterranean Archaeology* 6/1: 5-63.
- ZVELEBIL, M. 1996: Farmers our ancestors and the identity of Europe. In P. Graves-Browin, S. Jones y C. Gamble (eds.): *"Cultural identity and archaeology. The construction of European Communities*: 145-66. Routledge, London.